

De la periferia al centro: Un estudio de *La novia oscura* (1999) de Laura Restrepo

María Eugenia Osorio Soto*
Universidad de Antioquia

Recibido: 1 de abril de 2008. Aceptado: 23 de mayo de 2008

Resumen: En el presente trabajo se toma como punto de partida *La novia oscura* (1999), de la escritora colombiana Laura Restrepo. Después de una corta caracterización de la obra, se plantea que Tora, ciudad donde se desarrolla la historia, ubicada en el Magdalena Medio colombiano, funciona como un prisma a través del cual se vislumbran las contradicciones en las que se debate este país. Tora es, asimismo, un sitio de resistencia, desde el cual un grupo de prostitutas, marginado incluso de los discursos ginocéntricos o feministas, intenta rescatar su dignidad. En esta novela se confrontan, se invierten o, simplemente, se anulan algunas ideas y representaciones que aún prevalecen sobre la mujer prostituta en el imaginario social. Igualmente, se pone en entredicho el discurso oficial sobre el control del cuerpo, la higiene y la enfermedad de la prostituta.

Descriptores: Restrepo, Laura. *La novia oscura*, periferia, centro, imaginario social, discursos sobre la prostitución, cuerpo, salud, enfermedad.

Abstract: This paper takes as its starting point *La novia oscura* (1999), written by the Colombian Laura Restrepo. We make a short characterization of the novel and then we expose that Tora, the city in which the story takes place, located in the Colombian Magdalena Medio, operates as a prism through which you can discern the social and political contradictions that is being debated in this country. Tora is also a site of resistance, from which a group of prostitutes are trying to rescue their dignity. This novel confronts, invests or simply cancels some ideas and representaciones which still prevail concerning women prostitute in the social imaginary. Similarly, it calls into question the official discourse on the control of body, hygiene and disease of the prostitute.

Key words: Restrepo, Laura, *La novia oscura*, periphery, center, social imaginary, discourses on prostitution, body, health and disease.

* Profesora de tiempo completo de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia (mosorio@comunicaciones.udea.edu.co). Magíster en Literatura Hispanoamericana y Philosophy Doctor por la Universidad de Estocolmo. Este artículo es derivado de la investigación "Spanish-and Portuguese-speaking Women Writers" patrocinado por la entidad sueca STINT. Una versión similar ha sido presentada, a modo de conferencia, en el congreso de la AILCFH (Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica, Sevilla-España 2007)

El enfoque de este trabajo pone en entredicho la noción de frontera reivindicándola como un espacio metafórico en el que se instalan los discursos de la diferencia, es decir, aquellos que se rehúsan a formar parte de una totalidad monológica y que se construyen en el entramado de las ideologías y de las relaciones político-sociales (Galvan 2002:21). Desvelamos, en otras palabras, una inversión de ciertos límites fronterizos, lo cual implica reconocer *otros* discursos, no hegemónicos o canónicos, que se instauran en la frontera y que además de legitimar la representatividad literaria del sujeto habitante del margen (subalterno), contribuye a desterritorializar la experiencia individual para así presentar vivencias colectivas, híbridas y multiculturales.

La novia oscura (1999) de Laura Restrepo se desenvuelve en un espacio periférico que durante mucho tiempo se mantuvo ajeno a las innovaciones de la modernidad. Sin embargo, el avance del capital industrial, al igual que el flujo “innovador” de empresas petroleras, determina y acelera el conflicto sociopolítico que se representa en la obra. La autora construye su historia a partir de una experiencia investigativa, pero, según lo expone ella misma, los personajes son fictivos: “[I] introduced as narrator a newspaperwoman who investigates and relates in the first person the results of the investigation, but who is, together with the other characters, invented” (Restrepo 2002: 2). Así, acudimos a una narración que presenta rasgos testimoniales, a la vez que resulta difícil enmarcarla dentro de este género, teniendo en cuenta que no existe un “yo colectivo” que hable en nombre de una comunidad y que se comprometa con lo enunciado. En *La novia oscura* nos enfrentamos con un conglomerado anónimo, en torno al cual, no obstante, emergen sujetos subalternos que, mediante la técnica de la entrevista, se convierten en los portavoces. En este sentido, la novela asume el carácter de una “ópera de los marginados”, esto es, se va conformando una polifonía de voces subalternas que el discurso oficial ha silenciado (obreros, prostitutas y sindicalistas). A propósito escribe Restrepo (2002: 1) lo siguiente:

By day, I'd be interviewing North American engineers, high level international executives, paramilitary chiefs and guerrilla chiefs, army commanders, human rights advocances, gasoline smugglers, fortune hunters, and persons displaced by the violence, and night would find me, sitting in one of the city's bars amidst the shooting and the red lights, chatting with prostitutes and, of course, refinery workers, particularly the older ones.

Más específicamente, la historia tiene como escenario la selva, en este caso del Magdalena Medio en Colombia, un sitio que ha sido caracterizado como un “sector de violencia”, desde que apareció *La vorágine* en 1924, y que en las últimas décadas se ha convertido en un foco de confrontación político-militar. La selva, en la historia de Laura Restrepo, aparece como un territorio reconquistado y/o repoblado por los hijos de una sociedad cada vez más compleja y más contradictoria, en la que la penetración del capital petrolero ha transformado la dinámica política, económica y social. Las refinerías exigen de un conglomerado fluctuante de hombres trabajadores y, al mismo tiempo, han propiciado la coexistencia de otros grupos sociales que se mantienen al margen de las leyes: prostitutas, paramilitares, guerrilleros, militares y narcotraficantes. Esta convergencia, escribe Restrepo (2001), hace de la región y, concretamente, de su capital Barrancabermeja, una zona que, como otras en Colombia, se debate en el diario conflicto del desarraigo, pero a la par, subraya la escritora, se resiste a sucumbir:

And so I landed in Barrancabermeja, a paradoxical oil city with a long anti-imperialist and union history, which is a small urban ribbon around an enormous refinery on the shore of the Rio Magdalena, in the heart of the Colombian rain forest and the very heart of the war, as well. It is a contradictory city because in the midst of the terror and heat, there flourish terrific public libraries, an active intellectual and night life, gorgeous vegetation [...] (Restrepo 2002: 1).

Tora, nombre que se le da a la ciudad en la *La novia oscura*, aparece una zona *límite* en Colombia, ésta funciona como un prisma a través del cual asistimos al mundo que se representa en la novela, un mundo que, como se desvela, “permanece en combustión, siempre al borde del desplome definitivo y pese a todo se las arregla [...]. Tal vez por eso estamos tan muertos, y al mismo tiempo tan vivos: porque cada anochecer nos aniquila, y nos redime el alba” (282). Asimismo, Tora se convierte en un espacio contestatario desde el cual un grupo de mujeres marginadas intenta rescatar la dignidad y los derechos ciudadanos.

En la lectura de la obra asistimos a una confrontación, inversión o, simplemente, anulación de algunas de las ideas y de las representaciones que prevalecen sobre la prostituta en el imaginario social. Es decir, no emerge una mujer-objeto degradada, sino personajes dignos y solidarios, de modo que se trastoca el discurso oficial sobre la prostitución, el cuerpo y la enfermedad. Para indagar sobre los procedimientos que la autora utiliza para

deconstruir el mencionado imaginario hemos elegido cuatro parejas binarias cuyos contenidos se anulan o subvierten en el texto y que trataremos por separado: la primera es “zona de tolerancia/barrio residencial”, la segunda es “mujer virtuosa/prostituta”, la siguiente es “novia oscura/mujer pública” y, por último, la relacionada con el concepto “salud/enfermedad”.

I. Zona de tolerancia - barrio residencial

¿Qué asociaciones nos despierta la palabra prostituta? Lo primero que puede pensarse es un sitio, un espacio público determinado y delimitado (una zona, llamada *de tolerancia*, en los pueblos cafeteros de Colombia, así como una calle o un barrio en cualquier otra parte del mundo). Con el fin de analizar las técnicas que se utilizan en el texto para dar cuenta de la manera como el sujeto marginado accede al centro, es decir, como se “reconstruye” la imagen e idea de la prostituta en *La novia oscura*, partimos del binomio “zona de tolerancia/barrio residencial”, ya que consideramos que en éste se anula, parcialmente, la dicotomía o las categorías urbanísticas inherentes a este par binario.

Asimismo nos interesa destacar una similitud que tiene que ver con las razones históricas que incidieron en la regulación de la prostitución en Europa —surgida después de una época de relativo liberalismo, como lo fue el Renacimiento—, en vista de lo que sucedió en Colombia. Es evidente que, tanto allí como aquí, la delimitación del espacio público, de los sitios donde se permitiese ejercer esta actividad, cambió la reglamentación y, sobre todo, la moralización de la prostitución:

En el Renacimiento existía una amplia tolerancia con respecto a la prostitución; por ello se creó la necesidad de regentar esta actividad, para darle progresivamente una ubicación precisa al mercado del amor; era necesario moralizarlo y sectorizarlo en los callejones [...] Sobrevino, entonces, un movimiento de ordenamiento de esa actividad: diferenciar socialmente a la mujer honorable de la clandestina y callejera [...] (Gallo & Salas 2001: xix).

La historia del desarrollo urbanístico en Colombia da cuenta que los prostíbulos se delimitan económica y socialmente en las nuevas ciudades y desde su fundación. Las primeras formas de reglamentación, según lo señala la historiadora Magda Velásquez Toro (1989: 16), se consolidan como una demarcación del espacio geográfico: “[L]ejos de las zonas habitadas por

las familias honorables, se creaban pequeñas ciudades conocidas como 'zonas de tolerancia' [...] que curiosamente aparecen ubicadas, en muchos municipios de la zona cafetera, en las cercanías de los cementerios". La prostitución, por otra parte, surge paralelamente a la familia legal y católica y, desde que los colonizadores antioqueños fundan los primeros pueblos, se encuentra "la presencia simultánea de una capilla, una plaza de mercado, las viviendas de los colonos y el barrio de tolerancia (Velásquez Toro 1989: 16). No obstante, ante el auge prostibulario, en las primeras décadas del siglo XX, en ciudades industriales como Medellín, la ley de la ciudad se ocupa de reglamentar y, como lo indican Gallo y Salas (2001: xxv), de tomar medidas para "regenerar, moralizar y civilizar a estas mujeres. En su defecto, si lo anterior no funciona, exige reglamentar estrictamente este oficio con disposiciones sanitarias y policiales. En caso de escándalo público y desacato de la ley, impone arrestar, multar o desterrar en caso extremo".

Ahora bien, volviendo a Tora, el fenómeno urbanístico que se produce allí es opuesto al de los pueblos cafeteros o industriales, pero similar al que sucede en otras regiones de la "trastierra" colombiana, en las cuales los prostíbulos aparecen como una consecuencia del impacto de la presencia del capital minero o petrolero. Conforme a lo que subrayamos antes, las empresas petroleras requieren de una cantidad de mano de obra masculina y las prostitutas llegan a instalarse en sitios estratégicos, equidistantes de los campamentos de los trabajadores, en los que éstos suelen vivir durante la semana. De esa forma, el conglomerado social, compuesto por obreros y prostitutas, resultan ser los pilares de las nacientes economías de las nuevas poblaciones, y su desplazamiento o permanencia depende de que las fuentes de trabajo sigan existiendo y de que las relaciones prevalezcan.

En Tora no es posible hablar de "una zona de tolerancia", ya que esta delimitación estaría marcando una periferia y una relación de otredad que no existe, puesto que allí las prostitutas devienen en habitantes del centro: son las *reinas* y las *señoras*. Uno de los personajes femeninos lo expresan así en el texto: "entienda que a Tora la fundamos nosotras las prostitutas según nuestra propia ley, mucho antes de que llegaran las esposas y las prometidas a imponer su derecho exclusivo" (13). Sin embargo, a raíz de la inmigración, de otra índole, y del auge económico, Tora es integrada en el sistema de las leyes civiles y morales. En consecuencia, asistimos a un proceso de re-colonización paulatino que se lleva a cabo mediante la

implantación de las instituciones civiles, religiosas y sanitarias, esto es, sobreviene un ordenamiento de la prostitución y junto con ello se produce la diferenciación “mujer honorable/callejera”. Las prostitutas vuelven a ser las *Otras* cuando son destronadas y relegadas a la periferia, a un sector llamado La Catunga, que se convierte en el barrio de tolerancia por excelencia con la llegada de la prostituta la Fideo, considerada “puta a secas”, con la proliferación de la sífilis a niveles incontrolables y a consecuencia de una huelga obrera en la que las mujeres participan activamente (284).

Como hemos visto, la disposición urbanística de las ciudades en Colombia delimita social y geográficamente los prostíbulos. Inicialmente, Tora no está construida bajo la misma lógica, puesto que las prostitutas, al ser las fundadoras, devienen en habitantes del centro y no existe una contradicción entre la pareja binaria “zona de tolerancia/barrio residencial”. No obstante, del mismo modo que ocurrió en el Renacimiento, ellas son paulatinamente relegadas a la periferia y su oficio empieza a ser moralizado.

II. Prostituta - mujer virtuosa

La prostitución alcanza significaciones que se arraigan en la cultura, en la historia, pero también en la sociedad y en el sujeto. La prostituta, como bien lo sabemos, ha encarnado la *otra cara femenina*, ha sido un referente contrario a la idea de la mujer virtuosa y ha sido vista como la portadora de un goce disidente: pecadora, lujuriosa, diabólica. Sobre estas imágenes se ha fundamentado un discurso médico-moralizante en el que ha sido calificada como un problema de salud pública, esto es, como fuente de enfermedades contagiosas (Gallo y Salas 2001: xvi).

El sentido de la pareja binaria “prostituta/mujer virtuosa” se trastoca en la *La novia oscura* mediante la utilización de la ironía; con este elemento carnalesco se invierte el sentido originario de algunos contenidos o significados que han existido en el imaginario social sobre la prostituta. Un ejemplo es la justificación que ellas dan del nombre del barrio que habitan: “La Catunga, bautizado por las mujeres en honor a Santa Catalina —la Santacata, la Catica cariñosa, la Catunga compasiva— según la devoción que todas ellas profesaban por casta, por mártir, por hermosa y por ser hija de un rey [...] quien se ufanaba de tener una hija más bella y más pura que la luz del día” (11-12). La utilización de esta imagen patriarcal, virgen casta y pura, funciona como un elemento trasgresor, dado que culturalmente ha existido una relación dicotómica entre la idea de la virgen y la prostituta.

A esta última se le define como la otra mujer, la hija de la oscuridad, la de la calle, la de la mala vida (Gallo & Salas 2001: xxvii).

Otro aspecto que contribuye a vaciar el contenido moral que la oposición “prostituta/ mujer virtuosa” puede tener es la forma como las mujeres de La Catunga son vistas por los hombres que requieren de sus servicios: “No las llamábamos putas ni rameras, ni otros nombres con ofensa –rememora Sacramento–. Sólo les decíamos así, las mujeres, porque para nosotros no existían otras” (13). Más adelante, el mismo personaje dice: “El petrolero trabaja duro y se gana su plata. La prostituta trabaja duro y se queda con la plata del petrolero. Dicen que amor pagado es amor en pecado, pero yo digo que no es más que la ley de la economía, porque a nadie le cae el pan del cielo. Además no crea eso que dicen, que el amor del café es placer y no es amor” (161). Otro de los trabajadores lo expresa de la siguiente manera: “Aquél era otro mundo y las cosas despedían otros colores, y la prostitución [...] no era una ignominia ni para la mujer que la practicaba ni para el hombre que la pagaba” (161).

De la descripción que los petroleros hacen de su relación con las mujeres de la Catunga podemos deducir que se subvierte, en primer lugar, la representación tradicional de la relación prostituta-cliente y, en segundo lugar, se desvirtúa la idea la tolerancia de la prostitución “como un medio para la defensa de las mujeres buenas”, la cual ha existido en algunas regiones de Colombia, donde los jóvenes tradicionalmente crecen atraídos antagónicamente por dos polos: “el paradigma de la castidad [...] y la estampa de la prostituta que lo incita al pecado” (Velásquez Toro 1989: 16). Por otra parte, la imagen que los petroleros se forjan de la prostituta tampoco coincide con la que prevalece en el imaginario, ya que, como la expone Héctor Gallo (20001: 16), ésta suele ser presentada a partir de significados antagónicos: “[l]a representación de la prostituta va desde una mujer marcada por el dolor, la desesperación, los malos tratos, la vida disipada y el hastío, hasta ser una mujer que plasma alegría, encarna la fiesta y guarda la voluptuosidad en agujeros y bordes de su cuerpo”. Los petroleros en la novela no buscan una alternativa erótica que, por razones morales, no puedan satisfacer con sus mujeres legítimas, sino que aquí, tanto el hombre como la mujer, aparecen despojados de prejuicios; están en igualdad de condiciones, dado que ambos aparecen como parias. Ellas son reconocidas como sujetos cuya dignidad no depende de su profesión en sí, sino de la forma como la ejercen, según la opinión de uno de los personajes: “siempre

he creído que una puta puede llevar una vida tan limpia como una ama de casa decente, o tan corrompida como una ama de casa indecente” (87).

El amor funciona a lo largo de todo el libro como un elemento exorcizador y diferenciador, pero —en contraste con la idea de la prostituta como objeto proveedor de goce, que “se vende como órgano”— en *La novia oscura* se establece una relación un poco paradigmática entre la prostituta que sólo exige su pago, la que requiere ser amada y la que posee cualidades maternas. A propósito de lo que venimos exponiendo, se destaca lo siguiente: “La diferencia está en que a Sayonara había que quererla, y a la Fideo bastaba con pagarle” (284). Ella, otro personaje, es representada por sus cualidades de Madre; ser maternal, a su juicio, es una cualidad que la prostituta debe tener si quiere triunfar con los hombres y apunta: “A un hombre no lo enamoras con maromas de cama ni trucos de alcoba [...] Lo que debes de hacer es consentirlo y consolarlo como en este mundo sólo lo ha hecho su propia madre” (55).

III. Mujer pública - Novia oscura

Este par binario se relaciona evidentemente con el anterior, ya que desvela parte del contenido de los discursos que se han hecho sobre la mujer en la historia. De la perspectiva freudiana procede la idea de “la feminidad como misterio, como continente oscuro” (Guerra 1994: 83). En oposición a esta imagen de la mujer, como un ser inaccesible, tenemos el mito de la prostituta (del latín *prustituere*; envilecer, poner ante los ojos, exponer) que denota mujer desprovista de enigma, mujer sin misterio, a la cual es posible acceder a través de un precio (Salas 2002: 8). La prostitución, en otras palabras, ha sido considerada, en opinión de María C. Salas (2001), como “una institución en la que se exorcizan los monstruos femeninos, es una manera de acceder a la mujer, es un catalizador social tanto de la angustia que despierta la mujer con su velo de respeto, amor, virginidad y dignidad [...]” (2001).

El título de la novela, *La novia oscura*, imbrica dos categorías que, hasta cierto punto, se contraponen: novia oscura (misteriosa) y prostituta (mujer pública). Esta oposición binaria abre espacio a una ambigüedad, puesto que Sayonara, la protagonista, es las dos cosas a la vez, aunque también es posible que no sea ni lo uno ni lo otro. El escritor colombiano Gabriel García Márquez (1999), por ejemplo, destaca un aspecto significativo sobre este personaje y escribe: “Esta extraordinaria historia narra la historia de

Sayonara, una niña oscura y hambrienta, una bellísima prostituta de Tora, en la selva colombiana, el sórdido paraíso de los obreros de la Tropical Oil Company”. En Sayonara encontramos la pureza angelical e indiferente representada por Remedios la Bella de *Cien años de soledad*, y además a la mujer terrenal que encarna Pilar Ternera.

En *La novia oscura*, se alude a la categoría mítica de la prostitución y, por tanto, se dejan ciertos resquicios por los que el lector puede plantearse que este fenómeno quizá obedece a una experiencia que no encaja con el trasfondo histórico-sociológico indicado anteriormente. Atendiendo justo a ello se desvirtúa la idea de que la prostituta es una mujer víctima de la ignominia de los hombres y sin opciones. Sayonara arriba a Tora siendo una niña, desde una ciudad lejana y con la seguridad de quien sabe lo que quiere: “—Segura— dijo ella con una certeza sin atenuantes— Voy a ser puta.” (17). Luego, otro de los personajes aclara: “Yo **no** me metí de puta por huir de la miseria —dice la Machucha—, ni porque me violaran, o me trajeran al oficio arrastrada o engañada, sino por soberano placer y deleite [...]” (269). No obstante, es preciso aclarar que no todas glorifican la prostitución, pues también se presenta la otra cara de lo que significa ser prostituta cuando, por ejemplo, una de las mujeres replica: “Hay que aprender a estar ahí sin estar [...] y se me viene a la memoria tantos cuadros de mártires cristianos que voltean hacia el cielo el rostro sereno, intacto e iluminado mientras el cuerpo, sometido a tortura, se deshace en espanto” (268).

Mediante ese contrapunto de voces y de mensajes que emergen desde el interior del grupo, se llega a inferir que quizá no sea posible reducir el fundamento de la prostitución a una cuestión monetaria. Una reflexión similar ofrece la lectura de Gallo y Salas (2001: 15-16), quienes exponen que la prostitución, históricamente, no ha dejado de ser una “fuente de interrogación para los investigadores; de intimidación para los mojigatos; de fascinación para los hombres de bien; de creación para los literatos y los pintores; de análisis para los historiadores [...]”. En suma, de la lectura de *La novia oscura* se desprende que ni la prostituta ni la prostitución son fenómenos que se puedan encasillar dentro de un esquema preconcebido. Asimismo, se desestabiliza la idea que se tiene sobre la mujer-prostituta en el imaginario social y, cuando se aborda la categoría mítica de la prostitución, se propone dismantelar el discurso oficial, cuyo énfasis se pone en tratarla como un problema social o una enfermedad que hay que curar.

IV. Enfermedad - salud

Michael Foucault señala, en su *Historia de la sexualidad* (1977), que a finales del siglo XVIII, cambia el carácter de los discursos sobre el sexo. Según este pensador, la mediación de las ciencias médicas, pedagógicas y económicas hizo "del sexo no sólo un asunto laico, sino asunto de estado; aún más: un asunto en el cual todo el cuerpo social, y casi cada uno de sus individuos, era instigado a vigilarse" (Foucault 1977: 141). A partir de estas disciplinas se desarrollan tres discursos sobre la sexualidad con sus respectivos objetivos: "el de la pedagogía, cuyo objetivo era la sexualidad específica del niño; el de la medicina, cuyo objetivo era la fisiología sexual de las mujeres; y la demografía, finalmente, cuyo objetivo era la regulación espontánea y controlada de los nacimientos" (Foucault 1977: 142). No obstante, antes de que el sexo pasara a formar parte de una política del estado, ya había sucedido lo que Foucault llama "*Histerización del cuerpo de la mujer*", es decir, que éste había sido analizado con el fin de calificarlo o descalificarlo (Foucault 1977: 120).

Ahora bien, esta *Histerización* presupone la emergencia de nuevos discursos que contemplan el cuerpo de la mujer en general y el de la prostituta en particular. En Colombia, por ejemplo, a principios del siglo XIX se inauguran las propuestas sanitarias y legales, en las que se empieza a contemplar "el cuerpo de la prostituta" como problema de estado y, quizás debido a su carácter de "público", entra a ocupar cláusulas jurídicas especiales. Desde entonces han existido dos tendencias o criterios para manejar este hecho social: una tolerante, que propugna por la regularización; la otra, represiva e intolerante.

En 1925 organiza el estado las primeras campañas de sanidad contra las enfermedades sexuales, pero su vigilancia y su control se redujo a las mujeres "Los hombres contaminan por doquier a las mujeres y a los dispensarios no acerca la policía sino a las mujeres públicas" (Velásquez 1989: 18). En la década de 1930 aparece el primer grupo de promotores de higiene social que ataca la prostitución por razones de salud pública y no moral. En 1942 se dicta la primera ley para reglamentar la prostitución, en la cual se define a la prostituta de la siguiente manera: "mujer que habitualmente practique el coito con varios hombres indistintamente y viva en prostíbulos o casas de lenocinio o las frecuente" (Velásquez 1989: 18). Además se crean otros funcionarios encargados de la vigilancia y control de la prostitución y se obliga a las municipalidades a llevar un registro de las meretrices. En 1948 el consejo

de Bogotá prohíbe legalmente la prostitución y pone fin a la delimitación de las zonas de tolerancia, que, no obstante, se reubicaban en otros lugares de las poblaciones (Velásquez 1989: 18).

Podríamos seguir haciendo un resumen de las leyes y estatutos que se han dictado para regular y controlar la prostitución, pero nos interesa destacar otro asunto, concretamente cómo, después de inaugurado el discurso moderno sobre la prostitución, cada época ha implementado diversas políticas con el fin de, por un lado, explicar el fenómeno y, por otro, solucionarlo:

[...] hacer estadística de él, emprender campañas de dignificación y recuperación moral, adelantar labores de limpieza social o reacomodamiento urbano de zonas de tolerancia, apelar al discurso de los derechos humanos para que las prostitutas reciban un mejor trato como *trabajadoras del sexo* y para que accedan a oportunidades laborales más dignas... Pero siempre la prostitución se presenta y se resiste como un incurable social (Gallo y Salas 2001: xxvi).

Los discursos sobre el control del cuerpo de la prostituta, en particular, los relacionados con su salud e higiene, se confrontan en *La novia oscura*. Aunque no se niega la necesidad de las prácticas sanitarias sí hay denuncia en la forma como éstas suelen ejercerse, ya que están mediadas por el despotismo y la corrupción. Lo que acontece en la novela no está lejos de la realidad de Colombia donde, tradicionalmente, han sido dos las instituciones encargadas de vigilar y controlar la salud de las prostitutas: los dispensarios de salud y la policía. Mientras los primeros expiden los carnés de sanidad, los segundos se encargan de controlar su validez.

Las prostitutas, volviendo a la novela de Laura Restrepo, inician una protesta masiva en un momento en que están esperando el turno para ser atendidas en el dispensario; sitio donde tienen que asistir a un control semanal y en el que llegan a sentirse verdaderamente degradadas por la manera como son tratadas: “cada martes, por ley, semana tras semana, debían madrugar [...] y hacer cola frente al dispensario antivenéreo para que les renovaran el carné de sanidad [...] sólo ese día —me dice Todos los Santos— se nos faltaba al respeto y se nos daba un trato de putas (76). Lo paradójico es que dicho control no supone un tratamiento para las mujeres portadoras de una enfermedad venérea, con lo que, a la postre, pagan el doble por su certificado de sanidad. Cansadas de estas anomalías y de los malos tratos que reciben se rebelan; incendian el dispensario y hacen huir

a los funcionarios diciendo: “¡Mueran los funcionarios corruptos! ¡Muera el ejército que los ampara! ¡Que se muera de una vez todos los hijueputas que explotan a las mujeres de Tora! (81). Una vez logran hacer desaparecer a los empleados del dispensario aluden a un estudio hecho por un extranjero en el cual se desvela un hecho que aparece como una marca testimonial en la novela: “Un investigador francés que vino por esos años hizo averiguaciones y echó cifras y nos dejó saber que las prostitutas de Tora le pagábamos más al Estado en controles de salud y en multas, que la Tropical Oil Company en regalías” (83).

Esta lectura del libro despierta asimismo otro interrogante en relación con la percepción que la prostituta tiene de su cuerpo, específicamente si lo experimenta como alienado o no. A nuestro parecer, será conveniente presentar una reflexión sobre el tema a partir de las llamadas “políticas del cuerpo”, desarrolladas en las teorías feministas, en las cuales “El cuerpo es el primer momento en la autopercepción propia y es el umbral ineludible para la percepción del mundo exterior (Cornell y Medina 2001: 178). Por otra parte, Bourdieu (1999) sostiene que el cuerpo funciona, simultáneamente, como principio de individuación y de colectivización: “[el cuerpo] se halla sometido a un proceso de socialización cuyo fruto es la propia individuación, ya que la singularidad del ‘yo’ se forja en las relaciones sociales y por medio de ellas” (177-178). A continuación, expone Bourdieu (1999) que aprendemos por el cuerpo, que el orden social se inscribe en éste. La diferencia del aprendizaje de la masculinidad y de la femineidad tiende a inscribirse en los cuerpos (especialmente, mediante la ropa y los modales) (187). El cuerpo opera, por tanto, como un elemento de legitimación social; los adornos, los colores, etc. denotarán una posición de clase determinada. Sin embargo, nuestra pregunta es si estas categorías pueden ser aplicables al *cuerpo de la prostituta*. Aunque las condiciones de su existencia pueden determinar una forma específica de percibir su cuerpo e, inclusive, de marcar estatus en su mundo, tal vez hay diferencias en lo que se los proporciona. Para las prostitutas de Tora, por ejemplo, el no estar contagiadas de sífilis es su garantía de trabajo, pero no de su estatus, ya que, como se ha apuntado antes, ellas son dignas por sí mismas.

El discurso oficial sobre la prostituta y su salud se desestabiliza en la novela con la aparición de un nuevo médico que llega a Tora y cuya actitud es opuesta a la de los funcionarios del dispensario. Éste intenta crear conciencia e incita a las prostitutas a reflexionar sobre la relación cuerpo-mente.

A propósito, expone que esta relación ha sido mediada por una especie de *extrañamiento* y para el caso de las prostiputas destaca: “no hay nadie más lleno de misterios que una prostituta, y el estado de su salud es uno de los secretos que oculta con mayor sigilo porque su subsistencia depende de que los demás crean que está sana [...] Ejercen la prostitución tan a ciegas [...] Es algo que les acontece por allá abajo, debajo de las faldas, debajo de las sábanas, en todo caso lejos de la cara. Entre más lejos de la cara y del cerebro mejor” (200-201).

La presencia del médico en la novela, su concepción de la medicina, viene a recordarnos, en primer lugar, que si la relación que la prostituta tiene con su cuerpo es de *extrañamiento*, ello se debe a que la misma ciencia médica tradicional, entre los siglos XIX y XX, “separó la medicina del sexo de la medicina general del cuerpo” (Foucault 1977: 143). En segundo lugar, deja al descubierto lo que implica ser prostituta en una sociedad moderna capitalista, en la que, como bien lo destacan Gallo y Salas (2001: 14), “el dinero se instala en la fantasía como el elemento simbólico que amarra un real de la prostitución en acto, consistente en colocar lo más íntimo —el cuerpo propio— al servicio de alguien que no representa nada en la historia del sujeto”.

La novia oscura, en resumen, desvela una polifonía de voces alternativas, procedentes de grupos que han sido silenciados: obreros, sindicalistas y prostiputas. Mediante cuatro pares binarios —zona de tolerancia/barrio residencial, mujer virtuosa/prostituta, novia oscura/mujer pública y salud/enfermedad— hemos podido observar que los discursos oficiales sobre la prostituta, la prostitución y el control del cuerpo de la prostituta se desestabilizan en el texto.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *Meditaciones pascalinas*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Cornell, Pär & Medina, María Clara. “El cuerpo como espacio social: notas sobre cadáveres públicos y privados”, en: *Lo público y lo privado: género en América Latina. Red HAINA/Instituto Iberoamericano III*. Gotemburgo: Editorial Universidad de Gotemburgo, 2001, 175-189.
- Galván, Verónica (2002). “Discursos fronterizos”, en: *Diálogos latinoamericanos*. Nro 006, Universidad de Aarhus (Dinamarca), 21-38.
- Gallo, Héctor y Salas, María Cecilia. *El mito de la voluptuosidad en la prostitución femenina*. Medellín-Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, 2001.

- García Márquez, Gabriel. "Carátula" *La novia oscura*. Barcelona: Anagrama, 1999
- Guerra, Lucía. *La mujer fragmentada: Historias de un signo*. La Habana: Casa de las Américas, 1994.
- Foucault, Michael. *Historia de la sexualidad I: Voluntad del saber*. Bogotá: Siglo XXI, 1977
- Manrique, Jaime. "Laura Restrepo by Jaime Manrique". *BOMB magazin*. <http://www.bombsite.com/restrepo/restrepo5.html>. 2002
- Montes E. "El cuestionamiento de la autoridad de los mecanismos de representación en la novelística de Fanny Buitrago", en: *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*. Medellín: Ediciones Uniandioquia- Ediciones Uniandes, 1995. 322-341.
- Pacheco, Carlos. "Trastierra y oralidad en ficción de los transculturadores", en: *Revista de crítica literaria latinoamericana* N° 29, Año XV. Lima: Latinoamericana Editores, 1989. 25-38.
- Restrepo, Laura. *La novia oscura*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Salas, María Cecilia. "Monstruos míticos, cuerpos fragmentados y un ser prostituido", en: *Revista electrónica del departamento de psicoanálisis, Universidad de Antioquia*, 1998. <http://antares.udea.edu.co/-affectio/Affetio1/monstruo.html>.
- Yúdice, George. "¿Puede hablarse de postmodernidad en América Latina?", en: *Revista de crítica literaria latinoamericana*, N. 29, Año XV. Lima: Latinoamericana Editores, 1989, 105-128.
- Velásquez, Magda. "Condición jurídica y social de la Mujer", en: *Nueva Historia de Colombia*, Santa Fé de Bogotá: Planeta, 1998, 9-61.